

llo y aplauso de los españoles continuó la famosa serie de los Romeros, Hillos, Montes y otras figuras notables en los anales del circo taurino de nuestra España, única nación en el globo que conserva en todo su esplendor las tradiciones y escuela de un arte cuyo origen se pierde en remotos tiempos.

De padres naturales de Sevilla y de familia por generaciones dedicada á esta profesión con varia fortuna, nació Francisco Arjona en Madrid, el 19 de Mayo de 1818, y fué bautizado en su parroquia de San Sebastian el 20 del mismo. Desde muy niño mostró su afición al ejercicio del toreo, y hallándose en Sevilla, cuando por orden de Fernando VII se abrieron las escuelas de tauromaquia, pudo obtener el privilegio de asistir á ellas, donde mostró estar llamado á recoger grandes aplausos por su habilidad, decision y conocimiento de las reses, y por la atención con que escuchaba y la docilidad con que seguía las lecciones y los ejemplos prácticos de sus experimentados maestros.

Los resultados son bien conocidos del público en su larga carrera de toreador, y

dejando á los inteligentes que pronuncien su fallo con arreglo á los principios y tradiciones clásicas del arte, á nosotros solo nos toca decir, que el *maestro*, como se le llamaba en todas partes, no solo fué un lidiador simpático en donde quiera que se presentaba, sino que se hizo tan nombrado por sus limosnas y beneneficios, como por sus dotes de buen torero. Era Cúchares tan caritativo, honrado y aficionado á hacer bien á todos los que se le acercaban, pidiéndole su ayuda y protección, que podría hacerse una lista interminable de sus actos de liberalidad, de caridad y de desprendimiento, por que ningun necesitado se le acercó á quien no amparase y remediase: las cuales prendas han hecho no menos sensible su pérdida como ciudadano y amigo, que como maestro de la lidia en que tantos lauros alcanzara.

Su fallecimiento, ocurrido el 4 de Diciembre de 1868 en la Habana, causó verdadera pena entre sus admiradores y amigos.

Cúchares dejó una gran fortuna.

Una de sus hijas está casada con el célebre espada Antonio Sanchez el *Tato*.

ALMANAQUE DE LAS DAMAS.

LA MUJER DE SU CASA.

DOS PALABRAS DE PRÓLOGO.

No creas, amable lectora, que voy á darte una lección; si eres soltera y joven, de seguro tienes al lado una madre cariñosa que poco á poco y con su ejemplo va enseñándote á ser una mujer de tu casa; si eres esposa y madre, sabrás de sobra lo que voy á decir; pero ¿por qué los hombres han de examinar siempre á las mujeres y nunca las mujeres á los hombres?

Voy, pues, á infringir la regla, á presentarme á tí como un discípulo, y si te parecen bien mis teorías, servirán para que me des una buena nota en vez de darme calabazas, y acaso no desperdiciará la lección alguna niña que tenga la desgracia de haber perdido á su madre y carezca de una persona que le enseñe á saber que una casa puede y debe ser la base de la felicidad doméstica.

Empiezo, pues, mi tarea con un ligero estudio sobre la *filosofía de la casa*, si me permites que así le llame.

La casa.

Empiezo por declarar que en mi concepto la felicidad de la familia tiene su base en la organización de la casa.

Quizás no han pensado en esto los arquitectos, y si han pensado, los caseiros no los han comprendido.

Una casa desmesuradamente grande y otra desmesuradamente pequeña no pueden albergar el bienestar completo.

Figuráos un palacio en el que habita una familia rica: esto es muy fácil figurárselo.

Habiendo habitaciones en abundancia, hay que seguir la moda.

El marido tiene su departamento, la mujer el suyo; cada hijo dispone de sus habitaciones particulares.

Hé aquí la separación de la familia.

Como el marido no incomoda á su mujer, puede trasnochar; si vuelve temprano, como la mujer no le espera, se ha acostado, y por no molestarla, deja de confiarle sus impresiones, sus secretos.

La niña de quince años vive lejos de la vista de sus padres; los pequeñuelos tienen habitaciones para jugar y para dormir, á donde los autores de sus dias no van porque están apartadas.

Además, una casa así necesita muchos criados, y donde hay muchos criados hay riñas, hay cuentos, hay amorios, hay desventuras.

En vano se llenan las habitaciones de muebles y adornos, en vano se encienden todas las chimeneas y estufas en invierno; allí hace frio siempre; el frio natural que constituye la esencia de aquella familia.

Pues ved el polo opuesto: una casa pequeña.

Todos viven hacinados: el padre querría decir algo á su esposa, pero los hijos ó la criada están delante y es imposible; todos los habitantes se molestan unos á otros, se tropiezan; la ropa de todos está hacinada en las perchas, el cepillo no parece, la tohalla está confundida con otras prendas, y de aquí nace esa serie de pequeñas contrariedades que dan lugar á pa-

labras fuertes, á riñas, á disgustos.

Convengamos en que la base de la felicidad doméstica es una casa en la que todos puedan vivir cerca, sin molestarse, en la que el comedor y el gabinete sean el continuo punto de reunion de todos, en la que haya habitaciones para todas las exigencias de la vida, enlazadas, eslabonadas, próximas, para que del calor de todos los individuos de la familia nazca la armonía, se cultive el afecto y se realice el bienestar.

La casa que mejor llena estas condiciones, ha de tener sala, gabinete, despacho, tocador, las alcobas necesarias, el indispensable *cuarto de los leones*, comedor espacioso, buena cocina, mejor despensa y cómodo recibimiento.

Vamos á examinar lo que representan estas habitaciones.

La sala es el paraje más peligroso de la casa.

Es el producto de la vanidad.

Tener una buena sala ricamente alhajada es el deseo de las mujeres todas y de la mayor parte de los hombres.

¡Cuántos sacrificios hace la felidad doméstica á la sala!

Además, en ella es en donde se despiertan y agitan las pasioncillas humanas.

Las visitas lucen allí los trajes, allí se murmura, allí se miente.

Después de una visita de cumplido queda un malestar que no es otra cosa que un remordimiento.

Yo suprimiría de buena gana la sala; pero no, amable lectora, me estoy examinando y decido no suprimirla para que no te indignes y me repruebes.

Pasemos al gabinete: hé aquí una de mis habitaciones favoritas; en él están la chimenea, las butacas cómodas, el costurero, el piano, los libros favoritos, los objetos que constituyen recuerdos íntimos.

El gabinete es el templo de la verdadera amistad; en él se reciben á los amigos queridos, en él se habla con el alma, en él se pasan las noches de invierno con los hijos, con los parientes, con los amigos de confianza.

El despacho es también una habitación que me gusta.

En las casas de los abogados, de los

médicos, de los literatos, es, por decirlo así, el santuario del trabajo; allí pasa el esposo las horas estudiando, escribiendo, labrando el bienestar de su familia; allí hablan marido y mujer de los negocios de la casa, del porvenir de sus hijos; allí calculan, allí está concentrada la fuerza vital de la familia bajo el punto de vista económico.

El tocador es una concesión á la mujer.

Habitacion peligrosilla me parece: en ella fragua sus mentiras la mujer aficionada á afeites; en ella piensa más en el mundo que en su marido y en sus hijos la mujer de su casa.

También la suprimiría; pero no me atrevo, y la consiento como un desahogo femenino.

En cuanto á las alcobas hay mucho que decir; diré, sin embargo, muy poco.

Creo que debe haber una muy grande para los esposos, y cerca, muy cerca, la de sus hijos.

Como el pudor es para mí el ideal de la belleza, creo que contribuye mucho al porvenir de los hijos, la separacion de alcobas.

Tenga cada cual la suya, acostúmbrese á no ver á su lado en esos momentos que preceden al acostarse y siguen al levantarse más que la imagen de Dios y de la Virgen, que puedan entregarse á sus oraciones con completo abandono, y esta expansion formará su alma para el bien.

Hemos llegado al *cuarto de los leones*. Este cuarto tiene diversos nombres; pero es esa habitacion indispensable en donde se colocan los baules, en donde están los armarios de la ropa blanca y la de paño, en donde se zurcen y arreglan las prendas que trae la labandera, en donde se plancha y se deja secar la ropa por las noches, en donde á falta de jardín ó patio juegan y retozan los niños.

Ríanse Vds. de mí, pero en este cuarto aparece la mujer de su casa á mis ojos con todo el esplendor de la reina de la familia.

Allí luce sus cualidades domésticas, allí se muestra organizadora si lo tiene todo arreglado de tal modo, que pueda hallar en los armarios ó en los baules las prendas ú objetos necesarios

á la vida doméstica, allí, repasando ó haciendo repasar la ropa, se muestra económica, hacendosa, allí, por último, hace el sacrificio de todas sus vanidades.

¡Y qué bella figura la suya en aquellos momentos! ¡Qué lección para sus hijos! ¡Qué objeto de admiracion para su marido!

El comedor es el verdadero hogar: allí se reúne la familia para recoger la primera parte del fruto del trabajo del esposo y de la economía y el arreglo de la mujer. ¡Qué momentos aquellos tan gratos! ¡Qué expansion, qué alegría, cuando la familia está unida por el más acendrado cariño!

Respecto de la cocina y la despensa he dicho que las quiero grandes; porque acá para entre nosotros, la despensa debe estar muy surtida, y la cocina adornada con todo lo necesario, incluso una cocinera inteligente y económica, para corresponder á los sacrificios del despacho y llevar la alegría al comedor.

Hechas estas ligeras observaciones, dejo á persona competente estudiar en el hogar las relaciones de los que le habiten, y me escurro cuanto antes por miedo de que la lectora me diga que no sé ni una jota y me dé calambazas.

J. NOMBELA.

LA FAMILIA.

Los esposos.

Suelen decir los chuscos, y aun también algunos filósofos, que el matrimonio es el sepulcro del amor, y si bien en algunos casos tal proposicion suele resultar cierta, no puede admitirse sino tratándose de aquellos esposos que no han encontrado el secreto de prolongar indefinidamente las felicidades, que espermentaron durante el período que vulgarmente se llama la luna de miel.

Y por cierto que tal secreto no puede ser desconocido entre las personas bien educadas, y que comprenden la estimacion mútua que se deben los conyuges.

Si el matrimonio fué el resultado del amor, debe ser también el premio del

amor, que solo puede existir y alimentarse con el cariño expresado en continuos cuidados y deferencias, en la absoluta predileccion del esposo hácia la esposa y viceversa.

Hé aquí, lectoras, el poderoso talisman que hará obedientes y amables á vuestros esposos (si sois casadas, ó si aspirais á serlo, como supongo.)

Lo mismo pudiera advertir á los lectores que hayan doblado la cerviz al dulce yugo matrimonial, ó abriguen el noble propósito de consagrarse á labrar la felicidad de una mujer.

El esposo en el seno de la familia, y en todas ocasiones, debe de ser considerado por su esposa como la persona más digna de amor y de respeto, pero de un amor y respeto espontáneo, y nunca impuesto. Al fin aunque la intimidad y la confianza que él la inspire sea grande, nunca debe olvidar que es el jefe de la familia, á quien es preciso agradecer los sacrificios que haga, y tolerarle con resignacion sus impertinencias y aun sus extravíos.

Pocos casos registra la historia de las sociedades en los que el esposo haya abandonado á una esposa que le ha guardado aquellas deferencias, y muestras constantes de acendrado cariño. La mujer que solo emplea su coquetería para agrandar más y más á su marido, la que se muestra siempre con él tierna y cuidadosa, la que, además de serle fiel, tiene el esquisito cuidado de ser humilde sin abdicar de su dignidad, y prudente en las situaciones difíciles de la vida conyugal; esa podrá decir que ha sabido hallar el secreto de su felicidad, y que ha asegurado el amor eterno de su esposo por voluble y pecador que éste fuere.

¿Y si él es un ingrato? dirán algunas de mis lectoras; ¿y si nos abandona ó nos maltrata, y cuando le vemos caminar á nuestra ruina, esquivan nuestras reconvencciones?

¡Oh! Entonces tendreis las más bellas ocasiones de ejercitar las virtudes domésticas que os recomendamos. Con ellas sereis ángeles, y no hay hombre de tan perverso corazón que se resista á vuestras dulces palabras. Procurad que vuestra presencia no sea á los ojos del extraviado cónyuge la espresion de sus remor-

dimientos; omitid quejas y reconven- ciones, y entonces el hogar domésti- co será el único asilo á donde le ve- reis llegar avergonzado y arrepenti- do, buscando la paz de su espíritu y el consuelo de vuestro amor. Seguro será vuestro triunfo.

También los esposos tienen en su mano el medio de prolongar indefini- damente las íntimas expansiones y la felicidad doméstica del primer pe- ríodo del matrimonio. Ellos también están obligados á competir con sus esposas en punto á deferencia y cor- tesanía. La intimidad de la vida co- mún y la absoluta confianza, no de- ben impedir ni excusar los actos este- riores que á cada paso puedan signi- ficar tibieza é indiferencia. Dada la susceptibilidad de la mujer, creemos que aun es más necesaria en el hom- bre esta respetuosa cortesanía, que tanto puede en el ánimo de la mujer y que tanto la obliga.

El hombre que á pretesto de con- fianza habla á su mujer con el len- guaje libre con que habla á sus ami- gos, el que por excusar fórmulas y circunloquios, no teme ser grosero y poco afable ante su amada compañe- ra, se enajena sin saberlo su estima- ción, porque parece que olvida el lu- gar que aquella ocupa en el hogar doméstico, y da muestras de que la estima poco, aunque realmente así no suceda.

Dos esposos deben ser dos eternos amigos, aun más, dos voluntades con- dicionales y que no deben subsistir ni tener fuerza mientras no se reúnan para formar una sola. No les basta amarse mutuamente, es también ne- cesario que sepan manifestarse su amor, y este es el estudio que debeis hacer los que aspirais al matrimonio, y los que veis disiparse insensible- mente los sencillos goces de la vida conyugal.

Los padres.

La buena armonía entre los cóny- uges, no solo es indispensable para que disfruten ellos la dulce felicidad á que aspiraron en un principio, lo es también como base de la educación de los hijos.

El buen ejemplo de los padres de

familia forma el corazón de los pe- queñuelos, y les inculca prácticamen- te las más saludables máximas.

Generalmente el natural cariño de una madre la hace demasiado condes- cendiente con sus hijos, y la obliga á satisfacerles sus caprichos, no siem- pre dignos de tanta complacencia.

Los padres son más severos, sufren menos las impertinencias de los ni- ños, y hé aquí un motivo frecuente de disgustos en el seno de las familias, y aun de disidencias entre los esposos.

¡Cuánta prudencia necesitan ambos para no dar perniciosos ejemplos con tales disensiones!

Pasó ya el tiempo en que los padres eran dueños absolutos de las volunta- des de sus hijos, absorbían su liber- tad y usaban y abusaban de su supe- rioridad.

Las costumbres de antaño conver- tían á los padres en jueces severos, y también algunas veces en verdugos de sus hijos, si esto es posible. Los azotes y los golpes más ó menos rigo- rosos se hallaban consignados en el código penal doméstico, y aun vivi- mos muchos que alguna vez hemos sido castigados por nuestros padres, y que sin embargo no dudamos ni he- mos dudado nunca del entrañable cariño que nos profesaban. Sin duda alguna nuestros queridos padres ha- cían un inmenso sacrificio cada vez que nos imponían una de aquellas pe- nas, y lo hacían bajo la persuasión de que los azotes eran saludables, moral- mente hablando, y necesarios para ahuyentarnos por medio del temor, del camino de la virtud. Por esto acaso se dijo «*quien bien te quiera te hará llorar.*»

Nuestra moderna sociedad es más severa; hoy llamamos de *tú* á nues- tros padres, y ellos nos lo permiten porque este tratamiento se conceptúa como expresión cariñosa y no irreve- rente. Hoy se han desterrado los en- cierros, los azotes, los castigos de panza, que llamábamos á las priva- ciones de alimento, y otras penas, porque en nuestros días, lejos de ser- vir de correctivo contra los estravíos y pecadillos de los niños, sobreescita- rían sus malas pasiones y darían un resultado contraproducente.

¿Y esto no sucedía lo mismo ayer?

preguntará algún curioso, á quien para contestarle nos bastará decirle que ayer los niños lo eran hasta los quince ó veinte años, las costumbres les obligaban á pensar en todo del mismo modo que sus padres, y su ins- trucción no se separaba del camino lento que les señalaban sus maestros y directores.

Hoy, por el contrario, un niño de diez años tiene ya criterio propio y es filósofo moralista, y con maravillosa precocidad hace alarde de su autono- mía intelectual, se considera ya hom- bre, exige que se le castigue como á tal, y por eso una ligera reprensión influye más en su ánimo que un vio- lento castigo, consecuencia única de una superioridad material, que verda- deramente es ya innecesaria.

Pero si bajo este punto de vista los padres tienen medios más fáciles de conducir á sus hijos por el camino de la virtud, en cambio necesitan mayor tino y prudencia para contemporizar con las inclinaciones propias de la in- fancia y de la adolescencia, y para es- coger un buen método de enseñanza religiosa, moral é intelectual que les sea grato y despierte en ellos la emu- lación y los sentimientos generosos y nobles de sus infantiles corazones. Ni el rigor ni el descuido pueden hoy emplear sus padres en la educación de sus hijos, siendo siempre la principal regla el ejemplo que les den, pues sabido es que nada impresiona tanto á un niño, ni se fija tanto en su alma como aquello que observa en el seno de la familia.

Los hijos.

Tal vez direis, amadas lectoras, que nos hemos lanzado á escribir un bre- ve tratado de moral, y que nuestra festiva pluma escribe en un estilo un tanto serio y propio de un domine em- papado en máximas más ó menos vul- gares ó sabidas.

Esto será cierto; pero, ¿qué pode- mos decir á los esposos y á los padres que no se reduzca á aconsejarles que sean como Dios manda, y á estimular- les á que lo hagan así como medio de vivir en santa paz y evitar las desdi- chas y tragedias que vemos en el se- ño de algunas familias, por haber des-

atendido los sagrados deberes que li- geramente bosquejamos?

¿Y qué podremos decir de los hijos y á los hijos de familia, que no se re- duzca á nuevos consejos para que sean dóciles y cariñosos con los autores de sus días, para que les respeten y les escuchen, para que les ayuden y les amparen correspondiendo así á los cuidados y beneficios que ellos les dis- pensan, y finalmente, para que amen el hogar doméstico y comprendan que solo en él se encuentran en esta vida los goces más puros y las más gran- des satisfacciones?

Y estos consejos que daríamos á los hijos de familia, podemos hacerlos ex- tensivos á

Los parientes.

Nada hay más repugnante que el egoísmo.

Una familia de egoistas es un infer- no, y dicho esto nada nos queda que añadir. Si somos envidiosos, intoleran- tes y susceptibles con nuestros her- manos y parientes, no esperemos que nobles instintos echen hondas raíces en nuestros corazones.

Verdad es que hay parentescos y circunstancias ocasionadas á mil ren- cillas y desazones.

Alguno afirmará desde luego que es imposible la tranquilidad y el ór- den en una familia en que, por ejem- plo, se reúnen padres, hermanos, pri- mos, sobrinos, esposos, suegra y cu- ñados, y en la que viven niños, jóve- nes y ancianos.

¿Cómo es posible conciliar tan en- contrados intereses, tan variados gus- tos, tan diversos géñios é inclinacio- nes?

Por inverosímil que parezca, cree- mos de buena fé que es posible la paz y la concordia en una casa en que ta- les edades y parentescos se reúnen, aunque las impertinencias de la sue- gra y el antagonismo de las cuñadas subsistan, como casi es de rigor.

Pero entre gentes bien educadas y prudentes puede establecerse en la fa- milia una especie de república funda- da en principios de libertad y de tole- rancia, que satisfagan á todas las as- piraciones.

Podríamos citar algunas familias

que conocemos, en las que las suegras, reconociendo los derechos de los yernos, no les coartan su libertad, y en que los cuñados y cuñadas saben guardarse respectivamente las debidas consideraciones y deferencias, y que, empezando por contemporizar, han concluido fraternizando.

No diremos tanto respecto á la igualdad en la consideracion de los individuos de una familia, porque este particular obedece siempre á las circunstancias, y para decirlo más claro, porque aun en el seno de la familia goza siempre un lugar más preferente el que cuenta con una posicion social más ventajosa.

Será injusto y hasta inmoral lo que sucede; pero es un hecho. El hermano que logra mayor fortuna suele ser el más mimado de los demás individuos de la familia, él es el que manda y como es el principal apoyo de la casa y el que protege ó puede proteger á sus parientes, alcanza entre ellos mayores simpatías y sufre menos contradicciones que los que se hallan en situacion inferior, aunque alguno de estos tenga prendas dignas de mayor estimacion.

El interés tambien penetra en el hogar doméstico, y ejerce su influencia aun en el seno de familias virtuosas y bien educadas.

Pero esto es natural y no nos atreveremos á combatirlo, pues tiene su explicacion lógica.

Lo que nos parece más repugnante es el interés particular de los parientes cuando se sobrepone al cariño, cuando se desprende de las más intimas y debidas afecciones para rendir culto al egoismo.

Triste es decirlo; pero hemos presenciado más de una vez escenas harto lamentables; hemos visto hermanos disputándose una herencia á la cabecera del lecho de su moribundo padre. Y hechos análogos que no queremos consignar.

Afortunadamente estos casos no son frecuentes, pues aunque el interés ejerza tanta influencia entre los individuos de una familia, no faltan todavía seres nobles y cariñosos, que movidos solo por los impulsos de sus corazones, no vacilan en hacer los mayores sacrificios por socorrer á un

hermano, á un primo, y hasta á una suegra y una cuñada á quienes profesan un verdadero cariño.

Los criados.

Un discreto decia que los criados son enemigos pagados, y á fé que esta especie de definicion tiene algo y aun algos de exacta; pero como todas las reglas tienen sus honrosas excepciones, confesaremos que en esta clase como en todas las de la sociedad, hay vicios y virtudes, defectos, defectillos y pecados.

No nos detendremos á explicar la conducta que los amos deben observar respecto á los criados, porque entre católicos y entre gentes civilizadas no dejan aquellos de ser prójimos, y dicho esto fueran escusados nuestros consejos.

Pero el saber mandar á los sirvientes es tambien dificil y espuesto, máxime si se tiene en cuenta que estos no suelen tener el mejor criterio para apreciar las razones que justifican la conducta de sus amos.

Dad á un criado demasiada confianza, tratadle con familiaridad, y le hareis poco respetuoso y entrometido. Tratadle con rigor y os aborrecerá. Mandadle oficios superiores á sus fuerzas, y sereis víctimas de sus torpezas; por el contrario, abandonadles fiando en sus alcances, y rara vez acertarán á complaceros.

De aquí se infiere que aun con vuestros más fieles criados debeis ser prudentes y benévolos, procurando hacerles beneficios aunque despues os sean ingratos.

Guardaos, queridas lectoras, de confiar vuestros secretos á los criados ni á las criadas, porque mejor será en tal caso que los publiqueis en *La Correspondencia de España*.

¿Qué criado no se detiene á echar un párrafo con el portero, y á referirle, sin intencion por supuesto, la crisis metálica del amo, sus apuros, sus trapicheos, si los tiene, y las debilidades hijas de su carácter?

Entonces es cuando el portero ó la portera toman la palabra y hacen semejantes confianzas á su interlocutor, refiriéndoles que un caballero pasea la calle y hace cocos á las niñas, que

otro tal galantea á la señora, lo cual es más grave, y se detiene en más prolijos comentarios, cuyos ecos traspasan el portal y llegan á toda la vecindad. Y es lo peor que á veces un juicio equivocado de una criada ó de un portero suele traducirse en un hecho consumado, que tal vez perjudica á la buena reputacion de una familia.

Criados hay que son discretos, y no abusan de la confianza que se les dispensa, pero bueno es quitar la ocasion, y observar con ellos cierta reserva, para que sepan respetar siempre á sus amos, y no se permitan atrevimientos de ninguna clase.

Por lo demás, todo sirviente es digno de consideraciones, porque tambien hay delicadeza en ellos, y nunca puede ser justificado en los señores el abuso de su superioridad.

No queremos seguir adelante, pues en este momento nos acordamos de las amas de cria, que tambien pertenecen al gremio de criados, y de ellas tendríamos mucho que decir. Estas prójimas necesitan un trato especial por parte de los amos, á quienes no les deseamos la necesidad de admitir en sus casas una ó más nodrizas, que aparte de los servicios que prestan, pueden servir de purgatorio y de infierno, con muy ligeras excepciones.

Los amigos.

En la sociedad nos rodean y nos tratan muchas personas á quienes damos el nombre de amigos, aunque no lo sean todos.

Nuestros conocidos son muchos; no son tantos nuestros amigos. Esto es vulgar, pero es cierto.

Bastará que hagamos una observacion comparando el número de amigos que tiene una persona de elevada posicion, y el de los que tiene un hombre de la clase media, que ha venido á ménos.

Todos se honran llamándose amigos de aquel, aunque no le hayan visto jamás; por el contrario, pocos son los que se dan aquel título, refiriéndose al pobre que sufre en una guardilla la miseria y la desesperacion.

¿En qué consiste la diferencia?

Siempre el interés y el egoismo se presenta á nuestros ojos, aunque se revista de formas halagüeñas y consoladoras. El que espera, el que necesita un beneficio, natural es que se acerque á aquel que puede otorgárselo y que invoque la amistad. El que nada puede adquirir con la amistad de un desgraciado, pronto le olvida.

No crean ustedes que somos pesimistas que negamos la existencia de la amistad, de ese sentimiento noble y generoso que nos impele á amarnos unos á otros y á servirnos sin ningun género de miserable interés.

La amistad existe, pero solo puede conocerse su existencia en los dias de amargura y de desconsuelo; por lo que nuestras palabras envuelven solo un consejo, una advertencia que enseñe á ser cautos á los hombres y les evite tristes desengaños.

Entre el amigo que nos obsequia y regala, y el que nos pide y nos entristece, no suele ser la eleccion dudosa.

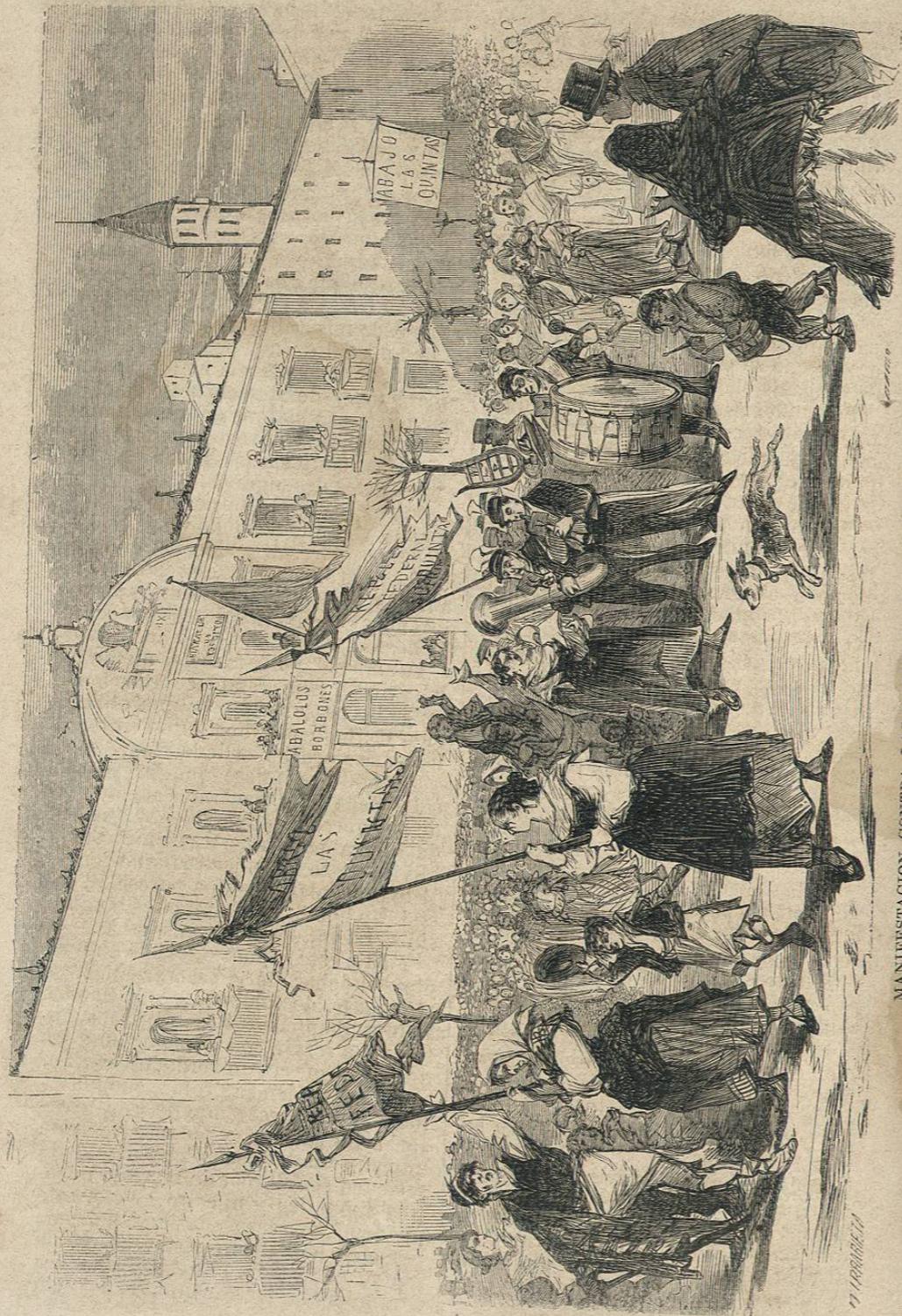
Nosotros sin embargo preferimos al amigo que nos ama, estimamos su voluntad y con ella nos damos por satisfechos.

La amistad, por lo tanto, es un vínculo cariñoso que establece relaciones entre las personas y crea una obligacion tácita de auxilio mútuo en todas las varias ocasiones de la vida.

De aquí se infiere que la amistad solo puede vivir en el alma siendo uno de sus goces más inefables, y que no da fuerza para nuestras empresas y alivio en todas nuestras aficciones. Este sentimiento es una necesidad social. Un hombre sin amigos es hombre sin corazon, egoista y miserable.

Y bajo este supuesto, existe en nosotros el deber de conservar nuestras relaciones de amistad, hallándonos siempre dispuestos á disculpar ó aconsejar y á servir con abnegacion á los que nos profesan un verdadero cariño.

Por conveniencia propia, cuando no fuera por natural simpatía, son necesarios los amigos, y téngase presente que aun cuando todas las clases de la sociedad son dignas de merecer nuestras simpatías y nuestro afecto, solo pueden favorecernos las amistades de personas honradas y virtuosas, y que por su educacion, fino trato y nobles sentimientos merezcan alternar con



MANIFESTACION CONTRA LAS QUINTAS, VERIFICADA EN ZARAGOZA.



MANIFESTACION EN FAVOR DE LA LIBERTAD DE CULTOS, EN SEVILLA.